

## XIII

## VALENCIA

El viaje de Granada á Valencia, hecho todo «de un tirón», como dicen en España, es una de esas diversiones que las personas razonables sólo deben intentar una vez en la vida. Desde Granada á Menjíbar, villa situada sobre la orilla izquierda del Guadalquivir, entre Jaén y Andújar, se pasa una noche entera en diligencia; de Menjíbar hasta Alcázar de San Juan había medio día de diligencia, en un coche sin cortinillas, en una llanura rasa como la palma de la mano, bajo un sol tropical; y desde Alcázar de San Juan á Valencia, contando en una noche que entera pasé en la estación de Alcázar esperando el tren, hay otra noche y otra mañana, después de las cuales se llega á la deseada ciudad, precisamente á medio día, en la época en que la naturaleza, como diría Emilio Praga, tiembla al pensar que tiene todavía ante sí cuatro meses de verano.

Pero preciso es confesar que el país que se corre desde el principio hasta el fin de aquel viaje es tan bello, que si uno fuera capaz de algún dulce sentimiento cuando le rinde el sueño y el calor le líquida, tendría mil motivos para quedarse extasiado. Es un viaje que abunda en inesperados puntos de vista, en cambios súbitos, en contrastes extravagantes, en efectos teatrales, por así decirlo, de la naturaleza, en transformaciones mara-

villosas y fantásticas, que dejan en el alma no se qué vaga ilusión de haber recorrido, no una parte de España, sino todo un meridiano de la tierra á través de los países más diversos.

De la «Vega» de Granada, que atravesáis á la claridad de la luna, abriéndoos casi camino por entre bosques y jardines, en medio de una rica vegetación que parece precipitarse á vuestro alrededor como un hinchado mar para envolveros y sumergiros en sus olas de verdura, pasáis á una serie de montañas áridas y escarpadas en las cuales no se ve traza alguna de habitación humana; rozáis el borde de precipicios, costeáis las orillas de los torrentes, corréis al fondo de los barrancos, y parece que os habéis extraviado entre un laberinto de peñascos. Más allá os encontráis de nuevo en medio de las colinas verdes y de los campos floridos de la alta Andalucía; después, de golpe, campos y colinas desaparecen: os halláis entre los promontorios de piedra de Sierra Morena, que avanza por todos lados sobre vuestra cabeza y os cierran el horizonte, como las paredes de un abismo inmenso.

Al salir de Sierra Morena, las desiertas llanuras de la Mancha se extienden ante vuestros ojos; después de la Mancha entráis en la florida llanura de Almansa, cuyos diversos cultivos le dan un aspecto vario, parecido al de un vasto tablero pintado con todos los tonos de verde que pueden brotar de la paleta de un paisajista.

En fin, después de la llanura de Almansa, se abre un oasis delicioso, una tierra bendita de Dios, un verdadero paraíso terrenal: el reino de Valencia. Desde aquellos límites hasta la ciudad se viaja entre jardines, viñedos, espesos bosques de naranjos, blancas quintas coronadas de terrazas, alegres aldeas pintadas con vivos colores, grupos, hileras, bosques de palmeras, granados, aloes, cañas de azúcar, grandes setos de higueras de la India, largas cadenas de colinas y alturas de forma



cónica, cultivadas formando huertas, jardines, «parterres» divididos en cuadrados cuidadosamente descritos, y de tan diversos y mezclados matices, que parecen grandes ramos de hierbas y de flores. Y por todas partes una vegetación llena de fuego, que ocupa todos los vacíos, que cubre todas las alturas, que reviste toda prominencia, que se eleva, que pende, que envuelve, que se entrelaza, que se amontona, que os ciega los ojos, que os cierra el camino, que deslumbra con tanta verdura, que os cansa á fuerza de belleza, que os confunde con sus caprichos y locuras, y que os parece brotada repentinamente de la tierra, encendida en voluptuosa fiebre por el fuego de un volcán secreto.

\*

El primer edificio que os llama la atención al entrar en Valencia, es una inmensa plaza de toros situada á la derecha de la vía férrea. Está formada por cuatro líneas de arcadas superpuestas, sostenidas por gruesos pilares. Es de ladrillo y de lejos recuerda el Coliseo. En esta plaza, el día 4 de Septiembre de 1871, el rey Amadeo, en presencia de diez mil personas, dió la mano al célebre torero cojo, el «Tato», director del espectáculo, que pidió permiso para ir á ofrecerle sus respetos.

Valencia está llena de recuerdos del duque de Aosta. El sacristán de la catedral posee un cronómetro de oro con sus iniciales en diamante y una cadena guarnecida de perlas que aquél le regaló cuando fué á rogar á la capilla de «Nuestra Señora de los Desamparados».

En el hospicio de este nombre los pobres se acuerdan de haber un día recibido de su mano el pan cotidiano. En el taller de mosaicos de Nolla se conservan dos ladrillos en los cuales grabó de su propia mano su nombre y el de la reina. En la plaza de Tetuán el pueblo enseña la casa del conde de Cervellón, donde recibió hospitali-

dad: es la misma casa donde Fernando VII confirmó en 1814 los decretos que anulaban la Constitución, donde la reina Cristina abdicó en 1840, y donde la reina Isabel pasó algunos días en 1858. Por último, no hay un rincón de la ciudad donde no pueda decirse: «aquí dió la mano á un hombre del pueblo»:—«aquí visitó una fábrica, por aquí pasó á pie, separado de su escolta, rodeado por la muchedumbre, confiado, sereno y sonriente».

Y puesto que estoy hablando del duque de Aosta, he de decir que en Valencia fué donde una niña de cinco años, recitando unos versos, trató ese terrible asunto del «Rey extranjero» con las palabras más nobles y sensatas que se hayan pronunciado en España de muchos años á esta parte.

Si España toda hubiera acogido y meditado aquellas palabras, se hubiera tal vez librado de muchas calamidades que han caído sobre ella y de otras que todavía la esperan. Quizás un día algún español las recordará llorando, pues ya los acontecimientos han lanzado sobre ellas una luz maravillosa de verdad y belleza.

La poesía se titulaba «Dios y el Rey» y era como sigue:

Dios, en todo Soberano  
 Creó un día á los mortales,  
 Y á todos nos hizo iguales  
 Con su poderosa mano.  
 No reconoció naciones,  
 Ni colores, ni matices;  
 Y en ver los hombres felices  
 Cifró sus aspiraciones.  
 El Rey, que su imagen es,  
 Su bondad debe imitar,  
 Y el pueblo no ha de indagar  
 Si es Alemán ó Francés.  
 ¿Por qué con ceño iracundo  
 Rechazarle siendo bueno?  
 Un Rey de bondades lleno,  
 Tiene por su patria el mundo.  
 Vino de nación extraña



Carlos V. emperador  
 Y conquistó su valor  
 Mil laureles para España.  
 Y es un recuerdo glorioso  
 Aunque en guerra cimentado,  
 El venturoso reinado  
 De Felipe el Animoso.  
 Hoy el tercero sois Vos  
 Nacido en extraño suelo,  
 Que viene á ver nuestro cielo  
 Puro destello de Dios.  
 Al rayo de nuestro sol  
 Sed bueno, justo y leal,  
 Que á un Rey bueno y liberal  
 Adora el pueblo español.  
 Y á vuestro frente el trofeo  
 Ceñid de perpetua gloria  
 Para que diga la historia:  
 «Fué grande el Rey Amadeo».

¡Pobre niña! ¡cuántas cosas sabias has dicho y  
 cuántas cosas insensatas han hecho los demás!

\*

La ciudad de Valencia, si uno entra en ella pensando en los versos de los poetas que han cantado sus maravillas, no parece responder á las bellas imágenes que ha inspirado. Y por otra parte, tampoco ofrece el aspecto siniestro que se espera, si se para mientes en su justa reputación de ciudad turbulenta, batalladora, instigadora de guerras civiles y más deseosa del olor de la pólvora que del perfume de sus bosquecillos de naranjos. Es una ciudad construída en una vasta y florida llanura, sobre la orilla derecha del Turia, que la separa de sus arrabales, y algo lejana de la rada que le sirve de puerto. Las calles son tortuosas, con casas altas, sin gracia y de muchos colores, faltas de aquel agradable aspecto que ofrecen las calles andaluzas, y exentas por tanto de la vaga apariencia oriental que mueve tan dulce-

mente la fantasía. Sobre la orilla izquierda del río se extiende un magnífico paseo, con hermosos jardines y majestuosas vías; se llega á él saliendo de la ciudad por la puerta del Cid, que tiene á los lados dos grandes torres almenadas, y que lleva el nombre del héroe, porque pasó por allí en el año 1094, después de haber derrotado á los moros de Valencia.

La catedral se halla construída en un solar sobre el cual en tiempo de los romanos se elevaba un templo á Diana, después, en la época goda, una iglesia á San Salvador, más tarde una mezquita árabe transformada en iglesia por el Cid, vuelta á ser mezquita en 1101, y convertida segunda vez en iglesia por el rey don Jaime, cuando los invasores fueron definitivamente arrojados de Valencia. Es un vasto edificio sobrecargado de adornos y lleno de tesoros; pero que no puede ser ventajosamente comparado con la mayor parte de las catedrales españolas.

Hay en la ciudad muchos palacios dignos de ser vistos, como el de la «Audencia», hermoso monumento del siglo xvi, en el cual se reunían las Cortes del reino de Valencia; la «Casa del Ayuntamiento», construída entre el siglo xv y el xvi, en la cual se guardan la espada de don Jaime, las llaves de la ciudad y las banderas de los moros; y sobre todos la «Lonja», por su célebre sala, formada por tres grandes naves separadas por veinticuatro columnas salomónicas, sobre las cuales se inclinan atrevidamente los arcos ligeros de las bóvedas; aquella arquitectura produce á la vista una agradable impresión, alegre y armoniosa. En fin, tiene un museo de pintura que no es de los últimos de España.

Pero, á decir verdad, durante los pocos días que permanecí en Valencia esperando un buque, la política me ocupó más que el arte. Y comprendí cuánta verdad encerraban las palabras que antes de salir de Italia le había oído á un italiano, quien conocía á España como su propia casa.

«El extranjero que vive en España, aunque sea



por poco tiempo, se ve arrastrado poco á poco, hasta sin notarlo, á enardecer su sangre y volverse loco á causa de la política, ni más ni menos que si España fuera su propio país ó los destinos de su país dependiesen de los de España. Las pasiones son tan ardientes, la lucha tan encarnizada, el porvenir, la salud, la vida de la nación se hallan tan empeñadamente puestos en juego en esa lucha, que nadie que tenga un poco de imaginación y sienta por sus venas sangre latina, puede ser espectador indiferente de semejante espectáculo. Es necesario agitarse, hablar en los corrillos, tomar en serio las elecciones, confundirse con la muchedumbre que se entrega á demostraciones políticas, disputar con los amigos, formarse una sociedad de personas que piensen de igual manera que nosotros, y hacerse, en fin, español hasta las uñas. Y á medida que uno se va haciendo español, no se acuerda del resto de Europa para nada, cual si viviera en los antípodas, y acaba por no acordarse más que de España, como si la gobernase y tuviese en sus manos los intereses de la nación».

Y es tan cierto esto, como que á mí precisamente me sucedió. En aquellos momentos había caído el ministerio conservador y los radicales navegaban viento en popa. España toda estaba en ebullición: se cambiaban gobernadores; generales, empleados de todas categorías y de todas las administraciones; una inmensa turba invadía los despachos de los ministerios dando gritos de alegría. Zorrilla debía inaugurar una nueva era de prosperidad y de paz. Don Amadeo había tenido una inspiración del cielo, la libertad había vencido, España estaba á salvo. También yo, al escuchar la música que daba una serenata al nuevo gobernador, bajo un hermoso cielo estrellado, en medio de un pueblo dichoso, concebí la esperanza de que el trono de don Amadeo podría, al fin, echar raíces y me eché en cara mi precipitación en hacer pronósticos pesimistas. Y aquella comedia representada por Zorrilla en su casa de cam-

po, cuando no quería á ningún precio aceptar la presidencia del ministerio, sin hacer caso de amigos ni comisiones, hasta que al fin, no pudiendo ya negarse, consintió en dar el sí, me daba una alta idea de la firmeza de su carácter, moviéndome á augurar muy bien del nuevo gobierno. Y acariciaba ya la idea de regresar á Madrid, para tener la satisfacción de mandar á Italia noticias consoladoras que hicieran perdonable mi imprudencia contumaz, de no referir á los míos de allá otra cosa que tonterías. Y repetía los versos de Prati:

*«¡ Oh, qual destin t'aspetta,  
Aquila giovinetta! »*

que salvo un poco de hinchazón en los epítetos, me parecían encerrar una profecía; y ya imaginaba ver al poeta en la plaza «Colonna», de Roma, y correr á su encuentro para estrecharle la mano y regocijarme con él...

\*

Lo más hermoso que puede verse en Valencia es el mercado. Los campesinos valencianos son los que visten más artística y graciosamente de toda España. Para figurar ventajosamente entre las máscaras de nuestros bailes, les bastaría entrar en la sala tal cual se encuentran los días de fiesta y de mercado, en las calles de Valencia y en los caminos del campo. De pronto, cuando se les ve así vestidos, dan ganas de reír y no se cree que sean campesinos españoles. Tienen no sé qué aspecto de griegos, de beduinos, de bailarines de cuerda, de comparsas de tragedia á medio vestir, de mujeres medio desnudas para acostarse, de gente alegre que á su costa quiere hacer reír á los demás. Llevan una ancha camisa blanca que hace las veces de chaqueta, un chaleco de terciopelo de diferentes colores, abierto por el pecho, unos pantalones de tela, como los zuavos, que no les



llegan á las rodillas, semejantes á calzones de mujer, y que mueve el viento como un faldellín de bailarina; una faja encarnada ó azul, alrededor de la cintura; dos especies de polainas de lana blanca, bordadas y que dejan al descubierto las desnudas rodillas, sandalias de cuerda como los campesinos catalanes, y á la cabeza, que llevan casi siempre á rape como los chinos, un pañuelo colorado, azul, amarillo ó blanco, doblado al través y atado sobre las sienes ó sobre la nuca y encima del cual se ponen alguna vez un sombrero de la misma forma que los que se usan en las demás provincias de España.

Cuando van á la ciudad llevan casi todos sobre los hombros ó al brazo, ya á guisa de chal, ya á manera de mantilla ó banda, una «manta» de lana, larga y estrecha, á rayas de color vivísimo, blancas y encarnadas comúnmente, adornada de borlas, franjas y lazos de cintas.

Fácil es imaginar el aspecto que ofrece una plaza donde estén reunidos cien hombres vestidos de esa manera: es una escena de carnaval, una fiesta, un tumulto de colores, que os causa alegría como una banda musical, un espectáculo charlatanesco, gracioso, ridículo y pomposo al mismo tiempo. Y los semblantes altivos y las actitudes majestuosas que distinguen á los campesinos del reino de Valencia, añaden á lo dicho un matiz de gravedad que realza aquella extravagante belleza.

\*

Si hay un proverbio insolente y falso, es seguramente el antiguo proverbio español que dice: «En Valencia la carne es hierba, la hierba agua, los hombres mujeres y las mujeres nada». Dejando aparte la historia de la carne y la hierba, que no es más que un juego de palabras, los hombres, sobre todo los del pueblo, son altos y fuertes, y tienen un aire animoso ó audaz, como los catalanes y aragoneses, con un no sé qué en la mirada más vivo y brillante; y en cuanto á las

mujeres, según opinión de todos los españoles y de los extranjeros que han viajado por España, son las más clásicamente hermosas del país.

Los valencianos que saben que la costa oriental de la península fué ocupada antiguamente por los griegos y los cartagineses, dicen:

—¡Es claro! «Aquí se quedó el tipo de la belleza griega».

No lo afirmaré ni negaré, porque definir la belleza de las mujeres de un país en el cual sólo se han pasado algunas horas, me parecería una licencia de compilador de «Guías». Pero es sumamente fácil notar una diferencia notable entre la belleza de las andaluzas y la de las valencianas. La valenciana es más alta, más gruesa, menos morena; tiene los rasgos más regulares, los ojos más dulces y las actitudes más graves. No es excitante como la andaluza, que os hace experimentar la necesidad de morderos un dedo para apaciguar la insurrección repentina y desordenada de deseos caprichosos que á su vista se levantan en nuestra cabeza; es una mujer que se contempla con una admiración más tranquila, y al mirarla «notre tete se releve, notre maintien s'ennoblit», como dice La Harpe, del Apolo de Belvédère; y en vez de desear una casita andaluza para esconderla á los ojos de todo el mundo, se desea un palacio de mármol para recibir á las damas y caballeros que vengan á rendirle homenaje.

\*

De dar crédito á los demás españoles, el pueblo de Valencia es feroz y cruel sobre toda ponderación. Cualquiera que tenga necesidad de deshacerse de un enemigo, encuentra un hombre dispuesto que por algunos escudos se encarga de ello con la misma indiferencia con que iría á echar una carta al correo. Un valenciano que se encuentra con un fusil entre manos mientras un desconocido pasa por una calle solitaria, dice á su



compañero:—«Voy á ver si acierto»—apunta y dispara.

Se cuenta lo siguiente, que según me aseguran es histórico. El hecho sucedió hace algunos años. En las ciudades y villas de España los niños y los jóvenes tienen la costumbre de jugar «á los toros», como dicen. Uno de ellos hace el toro y ataca dando cabezadas; otro con un bastón bajo el brazo á modo de lanza y montado sobre otro que hace el caballo, rechaza los ataques del primero. Un día una turba de jóvenes valencianos idearon la manera de introducir en aquel juego una innovación que le diera alguna mayor semejanza con las verdaderas corridas de toros y que causara á espectadores y artistas mayor emoción que el juego habitual; la innovación consistió en substituir el palo por un largo cuchillo afilado y puntiagudo, una de esas formidables «navajas» que hemos visto en Sevilla, y aplicarse el hombre que representa el papel de toro, otros dos cuchillos algo más cortos atados sólidamente á ambos lados de la cabeza á manera de los cuernos del bicho. ¡Es increíble, pero es verdad! Así se jugó con los cuchillos; se derramó un mar de sangre, muchos fueron muertos, otros heridos mortalmente, otros descalabrados, sin que el juego degenerara en pendencia, sin que se violaran una sola vez las reglas del arte, y sin que se levantara una sola voz para poner fin á la carnicería. *Relata refero.*

Estoy bien lejos de creer todo lo que se dice de los valencianos, pero lo cierto es que en Valencia, si la seguridad pública no es un mito, como dicen poéticamente nuestros diarios al hablar de la Romaña y de la Sicilia, no es el primer beneficio que se disfruta, después de la vida. Me convencí de ello la primera tarde de mi permanencia en aquella ciudad. No conocía el camino del puerto, pero creía no hallarme lejos de él; pregunté á una tendera por dónde debía pasar.

La mujer dió un grito de extrañeza.

—¿Quiere usted ir al puerto, caballero?

—Sí, al puerto.

—«¡Ave María purísima!» ¿Al puerto á estas horas?

Y volviéndose hacia un grupo de mujeres que estaban sentadas junto á la puerta, les dijo en dialecto valenciano:

—Señoras, respondan ustedes por mí; este caballero me pregunta por dónde ha de pasar para ir al puerto.

Las mujeres respondieron á una:

—¡Que Dios le proteja!

—Pero ¿de quién?

—¡Que no se fie usted!

—Pero ¿por qué?

—Por mil razones.

—Dígame una.

—Pueden asesinarle.

Me contenté con esta sola razón, como se comprende, y desistí de mi curiosidad por saber el camino del puerto.

\*

Por lo demás, en Valencia, como en todas partes, en el escaso trato que tuve con las gentes, no encontré más que cortesía como extranjero, y como italiano una amigable acogida, aun por parte de aquellos que no querían oír hablar de reyes extranjeros en general y de los príncipes de la casa de Saboya en particular, y éstos eran los más numerosos, pero tenían la delicadeza de decirme:

—No toquemos esa cuerda.

Al extranjero que al preguntarle de dónde es, contesta: «soy francés», le sonrían delicadamente, como diciendo: «nos conocemos». Si contesta: «soy alemán ó inglés», inclinan ligeramente la cabeza, como diciendo: «¡Servidor!» Pero al que contesta: «soy italiano», le tienden en seguida la mano, cual si quisieran decirle: «somos amigos», y le miran con aire de curiosidad, como se mira por primera vez á una persona de quien se ha dicho que tiene



con nosotros algún parecido, y se sonríen satisfechos al oír hablar la lengua italiana, como uno se sonríe escuchando á quien, sin querer parodiarnos, imita nuestra voz y nuestro acento.

En ningún país del mundo se encuentra un italiano menos alejado de su patria que en España. Todo se recuerda: el cielo, la lengua, las caras, las costumbres, la veneración con que se pronuncia el nombre de nuestros grandes poetas y de nuestros grandes pintores; la curiosidad amable y solícita con que nos hablan de nuestras ciudades célebres, el entusiasmo que tienen por nuestra música, el ardor de sentimientos, fogosidad del lenguaje, el ritmo de la poesía, los ojos de las mujeres, el aire, el sol.

¡Oh! Poco amor ha de tener á su patria el italiano que no experimente un impulso de simpatía por ese país, que no sienta dispuesto á excusar sus errores, que no deplora sinceramente sus desdichas y que no le desee el bien.

¡Hermosas colinas de Valencia! ¡Alegres orillas del Guadalquivir! ¡Jardines encantados de Granada! ¡Blancas casas de Sevilla! ¡Torres soberbias de Toledo! ¡Ruidosas calles de Madrid! ¡Venerables muros de Zaragoza! ¡Y vosotros, mis huéspedes afectuosos y mis amables compañeros de viaje, que me hablabais de Italia como de una segunda patria y disipasteis con vuestra alegría mis errantes melancolías: siempre tendré en el fondo del corazón un sentimiento de agradecimiento y de cariño por vosotros, guardaré vuestra imagen en mi alma como uno de los más caros recuerdos de mi juventud y pensaré siempre en vosotros como en uno de los más hermosos sueños de mi vida!

Así decía entre mí contemplando á media noche á Valencia iluminada, apoyado en la borda del vapor «Genil», que estaba á punto de levar anclas. Habíanse embarcado conmigo algunos jóvenes españoles que iban á Marsella, para desde allí dirigirse á las Antillas, donde debían permanecer muchos años. Uno de ellos lloraba apar-

tado de los demás. De pronto se levanta, mira hacia la orilla por entre dos buques anclados, y exclama con desesperado acento:

—¡Oh, Dios mío! ¡Creeí que no vendría!

Algunos instantes después, un bote se acerca al «Genil» y una figura blanca seguida de un hombre envuelto en su capa sube con presteza la escalera y se echa sollozando en los brazos del joven, que había corrido á su encuentro.

En aquel mismo momento el capitán gritó:

—¡Señores! ¡Vamos á salir!

Entonces se produjo una escena dolorosa. Fué necesario separar á la fuerza á los dos jóvenes, y llevar á la mujer casi desmayada al bote, que se alejó un poco, y se quedó después inmóvil.

El vapor salió.

Entonces el joven se abalanzó como un desesperado hacia la barandilla y gritó, sollozando, con una voz que partía el corazón:

—¡Adiós, amada mía! ¡Adiós, adiós!

La figura blanca le tendió los brazos, y le respondió tal vez; pero su voz no pudo oírse. El bote se alejó y desapareció.

Uno de los jóvenes me dijo al oído:

—Están casados.

Era una hermosa noche, pero triste. Valencia desapareció muy pronto á nuestros ojos; pensé que tal vez no volvería á ver á España y lloré.

FIN





## ÍNDICE

	<u>Páginas</u>
I.—Barcelona. . . . .	5
II.—Zaragoza . . . . .	31
III.—Burgos. . . . .	63
IV.—Valladolid . . . . .	89
V.—Madrid. . . . .	105
VI.—Aranjuez. . . . .	209
VII.—Toledo. . . . .	213
VIII.—Córdoba . . . . .	239
IX.—Sevilla. . . . .	268
X.—Cádiz. . . . .	304
XI.—Málaga. . . . .	317
XII.—Granada. . . . .	324
XIII.—Valencia. . . . .	384





CAPILLA ALFONSI





